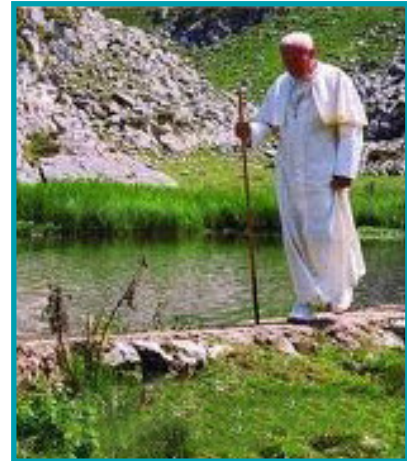


La paternidad en *El taller del orfebre*, *Esplendor de paternidad* y *Tríptico Romano*

Jorge Gerardo Morales Arráez

1. Introducción
2. Actividad literaria de Karol Wojtyła y características de su obra
3. La paternidad en la obra literaria de Karol Wojtyła
 - 3.1. *El taller del orfebre*
 - 3.2. *Esplendor de paternidad*
 - 3.3. *Tríptico Romano*
4. Conclusión



1. Introducción

Se puede observar que, en los países europeos de manera particular, la civilización occidental ha sufrido un proceso de rapidísima descristianización y que ha sido precisamente la realidad del matrimonio y de la familia el ámbito que ha experimentado de forma más grave las consecuencias de dicho proceso. La disminución de matrimonios, el aumento de divorcios, la incapacidad y el temor respecto a elecciones que impliquen vínculos definitivos... son los síntomas de un horizonte cultural que ha cambiado y en el cual viven actualmente las familias.

Pero, ¿qué es lo que se encuentra en el fondo de la realidad actual? Más allá de una posible crisis económica o social, se halla una crisis del sujeto: la persona se siente incapaz de llevar a buen término la aventura que descubrió en la experiencia del amor. Teme cualquier vínculo que pueda introducir sufrimiento y corresponsabilidad, por eso se siente particularmente frágil en dos vertientes esenciales de la tarea de construir una familia: por un lado, la fidelidad al amor y por otro, la paternidad¹.

Wojtyła fue consciente de esta problemática y no se cansó de señalarla. Gran conocedor de las dimensiones incalculables que alcanza el arte, Wojtyła quiso enseñar, a través de la poesía y el teatro, a reflexionar al hombre contemporáneo. Al leer su obra poética, se puede fácilmente comprender que éste fue uno de sus propósitos a lo largo de su creación literaria.

El hombre actual es incapaz del don de sí y de la paternidad porque ha perdido la memoria del origen: no puede soportar la idea de ser hijo. Y éste es uno de los temas centrales de la obra literaria de Karol Wojtyła. De esta forma, su pensamiento se nos ofrece como plenamente actual y capaz de iluminar la situación contemporánea.

Se ha estudiado mucho la figura del Papa, pero se ha considerado menos al poeta y al dramaturgo. Por esta razón, lo que proponemos en este estudio es un análisis de la paternidad en tres de sus obras literarias más importantes: *El taller del orfebre*, *Esplendor de paternidad* y *Tríptico Romano*. Para llevarlo a cabo, se propone un breve recorrido por su actividad literaria junto con sus características y una presentación de las tres obras que son objeto de estudio.

2. Actividad literaria de Karol Wojtyla y características de su obra

Wojtyla escribió seis obras de teatro (tres después de su ordenación sacerdotal) en el curso de 25 años, entre 1939 y 1964. Su teatro es un teatro moderno, religioso pero no devocional.

La primera composición dramática, con el título *David*, la escribió con 19 años en 1939, pero no se conserva debido a que no se llegó a publicar.

El estallido de la guerra y la ocupación de Polonia por los nazis, su empeño por el teatro clandestino, la pérdida del padre y su gradual orientación hacia el sacerdocio contribuyen al posterior desarrollo de su poesía. Ésta experimenta una evolución, orientada fundamentalmente hacia su vocación sacerdotal.

La poesía le acompaña a lo largo de su vida: creció haciendo poesía y culminó su vida también con la poesía, con su obra *Tríptico Romano*.

El joven Karol tuvo una gran pasión por el teatro, en concreto por el teatro rapsódico, hasta el punto de sentirse tentado a dedicarse profesionalmente a él. Este teatro ponía en práctica y desarrollaba algunas ideas de su maestro y amigo Kotlarczyk, dando protagonismo a la palabra.

Gracias al teatro rapsódico, Wojtyla aprendió la fuerza de la palabra, que tiene la capacidad de dar fe y esperanza, que modela el corazón del hombre y su espíritu, y que tiene poder para cambiar al hombre entero². De esta forma, sus textos teatrales se convierten en “dramas espirituales del hombre”, viajes metafísicos en lo íntimo de la conciencia.

Wojtyla no se apoya sobre hechos y acontecimientos con su discursar, sino más bien sobre planteamientos de problemas y su desarrollo de modo prevalentemente abstracto, expresados en la dimensión de la imaginación. Esta forma de abstracción es una fuerte concentración de lo esencial a nivel conceptual, pero expresado con imágenes.

En estrecha conexión con la abstracción está la fuerte contracción del tiempo y del espacio, que se encuentra de manera sistemática en todos los dramas de Wojtyla. Hace que actúen simultáneamente algunos personajes históricos, que en la época en que el drama es imaginado ya habían muerto, o de cualquier modo no podían estar presentes. El tiempo, no sólo está seleccionado, transportado y concentrado; sino que incluso en algunos casos, está directamente transfigurado en una dimensión meta-temporal.

Por otro lado, en su obra poética Wojtyla expresa su meditación histórico-religiosa.

Su legado literario, poético y dramático, hay que valorarlo de modo singular por la construcción de su pensamiento y por el uso particular del lenguaje, caracterizado por una elevada sensibilidad y una penetrante racionalidad. En sus versos se revelan la tradición sapiencial y los valores universales. Se manifiesta también de modo evidente la necesidad de invitar al lector a la reflexión. Su poesía es lírica y su estilo conciso, con símbolos profundos y cargados de motivos e imágenes; pero, sobre todo, proyecta los problemas esenciales del hombre contemporáneo, uniéndolos con el pasado³. Hará de la lectura de la historia sagrada tipo y criterio de interpretación de la historia de todo hombre en particular⁴.

3. La paternidad en la obra literaria de Karol Wojtyla

La experiencia humana elemental muestra que ser hijo, es decir, ser originado, es uno de los contenidos primordiales de la autoconciencia del yo. El hombre no puede concebirse fuera de un tejido de relaciones originarias que, de hecho, se identifican con la familia. No considerar este dato constituye siempre una violencia, porque contradice la misma naturaleza humana⁵.

Gracias a su cuerpo, el hombre sabe que ha nacido, que sus padres le trajeron a la existencia. Ninguna mujer posee el misterio del ser de su hijo: el proceso de gestación en el

vientre de la madre reenvía, por tanto, a un inicio trascendente, al Creador de todo. Así lo atestigua la Sagrada Escritura: “Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno” (Sal 139,13). Dios es el principio de la vida humana. Por otro lado nos encontramos con la experiencia de que somos mortales. Gracias al cuerpo sabemos que nuestra vida es un viaje, cuyo primer origen y último destino están en el Padre, el Creador del Universo⁶.

Estas breves pinceladas nos ayudan a introducirnos en el análisis de la paternidad en las obras de Wojtyła.

3.1. El taller del orfebre⁷

Esta obra apareció en el número de diciembre de 1960 del mensual católico de Cracovia *Znak*. Le puso como subtítulo:

“Meditaciones sobre el sacramento del matrimonio, expresada a veces en forma de drama”.

Esta obra consta de tres actos, y en cada uno de ellos presenta una pareja. En el primero: *Los signos*, donde Teresa y Andrés, vivirán juntos muy poco tiempo ya que Andrés muere en la guerra. En el segundo: *El Esposo*, en el que Esteban y Ana tendrán el don de una vida más larga, pero pronto nacerá entre ellos la indiferencia y el resentimiento. En el tercero: *Los hijos*, Cristóbal hijo de Andrés y Teresa, se casará luego con Mónica, hija de Esteban y Ana. En su unión llevarán consigo todo el peso, todas las incertidumbres y todos los tormentos nacidos de la historia de sus familias. Pero también serán portadores de una esperanza de redención para todo este mal.

La experiencia del amor es el punto de arranque de la visión del hombre propuesta por Wojtyła. Esta experiencia humana fundamental saca al hombre continuamente de sí mismo, le abre al encuentro con el otro haciéndole descubrir su identidad y llevándole hacia Dios, hacia su trascendencia.

El recurso de las imágenes es algo muy característico de su poesía y de sus dramas. En esta obra se encuentran una serie de imágenes con una gran riqueza de significado muy peculiar para nuestro autor:

el taller, su escaparate, el orfebre, las alianzas...

La primera de las imágenes es la del orfebre, muy cercana a la imagen bíblica del alfarero. El hombre solamente puede comprenderse a sí mismo dentro de un plan de Dios. Pero, ¿dónde va a forjar el orfebre el destino del hombre?

El matrimonio, fundamento sobre el cual se va edificando la más amplia comunión de la familia, se presenta como el taller, el lugar de trabajo escogido por Dios donde el hombre crece y se realiza en el amor.

De esta manera se puede comprender que el hombre y la mujer son capaces de amar porque han recibido de otros, en el taller de sus familias gracias al trabajo de los padres en colaboración con Dios mismo, una educación en el amor. Ellos no han inventado el lenguaje del amor, sino que lo han recibido y pueden con él forjar su unión mutua. De hecho este lenguaje, que está inscrito en sus cuerpos, proviene en último término de Dios mismo⁸.

El amor conyugal es llevado a plenitud por la paternidad, y esta plenitud se basa en que el hombre es imagen de Dios que es Padre y Creador. Si los cónyuges no son concreadores o no admiten la paternidad, rompen esa imagen y comprometen su plenitud⁹.

Las alianzas tienen un papel muy singular, pues son signos del sacramento del matrimonio por el que hombre y mujer se unen en comunión hasta que la muerte los separe.

No simbolizan sólo la decisión de los esposos de permanecer juntos. Su amor es estable porque se apoya en el amor primero del Padre. Por eso podemos decir que los anillos mantienen unidos a los esposos y sostienen el amor que comparten. No son sólo los esposos los que guardan la alianza del matrimonio: la misma alianza les protege a ellos y les mantiene unidos.

La segunda parte del drama presenta a Esteban y Ana que reflexionan sobre su propio amor ya terminado. Ana, herida por el alejamiento de su marido, contempla a sus hijos con la dolorosa certeza de que, tarde o temprano, la herida pasará también ellos.

Más adelante Mónica, la hija de Ana, se lamenta de que la falta de amor de sus padres ha dejado en su alma una herida: la del miedo y la soledad. Con el tiempo la grieta corre el gran riesgo de hacerse cada vez más grande y poco a poco se va perdiendo la viveza y la inocencia del principio, cubriendo con sucesivas capas de rutina aquel asombro originario, propio del niño. El hombre se olvida de quién es, de lo grande que es su vida, de los dones de Dios que están al comienzo de su ruta. Y ha de luchar para reavivar aquella sorpresa primera ante el regalo de la existencia.

En el tercer acto se descubre como Teresa y Andrés tienen un hijo, Cristóbal. Ana y Esteban tienen tres: Marcos, Mónica y Juan. Los hijos son engendrados y dan un significado nuevo al mismo vínculo conyugal: el vínculo conyugal se convierte en vínculo de paternidad y de maternidad.

Teresa se da cuenta de que los hijos llevan en sí las heridas de sus padres y que éstas influyen de una manera muy importante en sus destinos, incluso a la hora de engendrar una nueva unidad familiar distinta de la que provienen.

Para llenar el vacío que se ha creado en la vida de Mónica, Cristóbal debe llevarla a la reconciliación con sus padres. Sólo a través de su perdón y viviendo en él podrán salvarse estas figuras y aun ser llamadas a la verdad perdida de su amor, sólo de este modo podrá entrar en verdad en el amor de Cristóbal.

He aquí la lección de *El taller del orfebre*, para amar verdaderamente, es decir, para engendrar y ser engendrado como hombre, es necesario insertar el propio amor humano en el amor infinito de Dios, trascendiendo la esfera emocional y sensible, y volviéndose hacia el núcleo de la persona donde se abre a la relación con Dios que la constituye.

Hay, por tanto, esperanza sólo si conseguimos mirar más allá de nosotros mismos, ver el verdadero rostro de la otra persona y oír los signos de un amor que nos trasciende. “El amor es un continuo desafío que nos lanza Dios, y lo hace, tal vez, para que nosotros desafiemos también el destino” (TO 81).

3.2. Esplendor de paternidad¹⁰

En mayo de 1964 La revista *Znak* publicó un breve fragmento de prosa poética titulada *Consideraciones sobre la paternidad*. Este texto representaba la esencia del drama *Esplendor de paternidad*, una obra más larga escrita anteriormente por el arzobispo Wojtyła, y que no se publicó hasta después de su elección como Papa. *Znak* lo publicó en noviembre de 1979.

El nuevo drama afronta los temas de la existencia humana: la soledad, la paternidad y la maternidad, la infancia, que eran vagamente esbozados en *El taller del orfebre*. La obra está dividida en tres partes: en la primera se encuentra la humanidad representada en Adán, que lucha con su condición caída. En la segunda se vislumbra la Revelación del amor trinitario en Dios cuando comienza a derramar su luz en la conversación que se establece entre padre e hija (Adán y Mónica). En la tercera parte, se participa con la madre en la lucha de la condición humana, con la esperanza de que ha sido engendrada por la promesa de un cumplimiento.

Así comienza su obra *Esplendor de paternidad*: “Hace ya muchos años que vivo como hombre desterrado de lo más profundo de mi personalidad y, al mismo tiempo, condenado a buscarla a fondo” (EP 129).

Adán medita sobre sí mismo, sobre su propia identidad. Elige su propia versión de lo que es “ser” imagen de Dios, más que aceptar la imagen real que Dios le ha conferido. Adán elige el ideal de autosuficiencia y autonomía en lugar de la verdadera imagen de comunidad de amor compartido.

El problema fundamental del hombre es la aceptación o el rechazo del ser hijo que le permite ser padre. El rechazo de ser hijo es algo que acompaña a una radical incomprensión del misterio de la paternidad. Es más importante poder responder a la soledad esencial del hombre. Esto sólo es posible devolviendo todo su valor a la paternidad de Dios, y, con ella, a toda paternidad humana¹¹.

“En la soledad ha entrado la mujer [...] La veo avanzar por el camino de todos los hombres que sin descanso preguntan por mí. Pero yo desvíó su atención hacia ella y pregunto si la conocen” (EP 135)

La mujer se establece en la soledad de Adán para que éste sea capaz de evolucionar desde la soledad hasta el amor. La mujer concibe un hijo y da a Adán un nuevo sentido de “posesión”, al cual se había estado resistiendo. Se había resistido porque, cuando su propia paternidad rompiera su soledad, esto también lo conduciría al Padre cuyo ser es la Paternidad. Es a través del hijo como Adán se convierte en padre. Cito las palabras de Adán en la obra:

“Tú quieres que yo ame. Encuentras la manera de llegar a mí a través de un niño, a través de una hijita o un hijo pequeño, y mi resistencia se debilita” (EP 135)

Pero además, Adán también se da cuenta de algo fundamental:

“Después de mucho tiempo he llegado a comprender: tú no quieres que yo sea padre sin ser al mismo tiempo hijo” (EP 136)

La experiencia originaria de la filiación nos revela que nuestra existencia proviene de un amor que nos precede. El primer amor que experimenta el hombre es el de sus padres. Ser hijo significa permanecer en esa relación de amor que sustenta la existencia humana y le da sentido y grandeza. Existo, por tanto, porque mis padres se amaron, pero el hombre no es solamente fruto del amor de sus padres sino de un acto de amor de Dios que precede al amor mismo de los padres.

Esta precedencia del amor nos muestra que nuestro amor es siempre respuesta a un amor originario, gratuito, incondicional. Ser hijo significa, por tanto, ser amado. La esencia de la filiación consiste en aprender a reconocer lo que nos ha sido donado incondicionalmente.

El amor filial está llamado a crecer y a madurar hasta generar el amor esponsal, donde dar y recibir son las condiciones esenciales para que el hombre realice su propia identidad.

Se puede afirmar que es padre sólo quien sabe que es hijo. Sólo el hombre que reconoce al propio padre es capaz de reflejar el misterio de la paternidad¹².

El hombre y la mujer están llamados a jugar distintos papeles, ambos imprescindibles, en la vida de sus hijos. De esta colaboración habla Wojtyła en su obra *Esplendor de paternidad*:

“La mujer sabe de engendrar inmensamente más que el hombre, lo sabe sobre todo a través del dolor que acompaña al parto. El uno y el otro son su misterio. Y, sin embargo, la maternidad es expresión de la paternidad. Siempre ha de retornar al padre para tomar de él todo aquello de lo que es expresión” (EP 138)

Wojtyła supone en este pasaje que la conexión de la mujer con la nueva vida está inscrita en su propio cuerpo. Aparece entonces la conciencia de que esta vida es especial: el hijo tiene una dignidad irreducible a los demás bienes de este mundo, una especial conexión con el Creador mismo. Y así lo manifiesta la primera mujer: “He adquirido un varón con el favor de Yahvé” (Gn 4,1).

La ausencia de la paternidad es evidentemente, síntoma de la pérdida del sentido del origen. La misma ausencia afecta al camino y al sentido del destino. En efecto, el hijo, que crece dentro de un mundo que no conoce, no puede orientarse sin alguien a quien mirar que le dé la certeza de la meta y el sentido de su crecimiento. Por ello, la figura paterna es “autoritas”, es decir, aquel que hace crecer. En vez del cotidiano intercambio de amor en el que el padre entrega al hijo una visión de la vida y el hijo elige porque es capaz de juicio (de crítica en el sentido noble del término), hoy encontramos incertidumbre y ausencia. Si el sujeto humano no se concibe como “recibido desde y “orientado a”, su libertad se desorienta¹³.

Así se lo expresa Mónica a Adán: “¿Sabes hasta qué punto me eres necesario, cuánto he recibido de ti y sigo recibiendo?” (EP 153)

A la luz de estas consideraciones, podemos concluir este punto afirmando de forma sintética que:

En primer lugar, es padre sólo quien sabe que es hijo. Esta idea es clave. Por eso Wojtyła incide también en ella, en su *Meditación sobre la paternidad*: “Acoger en sí el resplandor de la paternidad no significa solamente “ser padre”; sino, en primer lugar “ser niño” (ser hijo)”¹⁴.

En segundo lugar, que los hijos, fruto del amor de los cónyuges, tienen que crecer y ser educados en el seno de ese mismo amor. La madre introduce al hijo en la dimensión gratuita e incondicionada de la existencia, permitiendo de este modo afrontar toda la realidad a partir de la experiencia de ser amado. El padre, en cambio, en cuanto representa para el niño el principio de la realidad y de la autoridad, consiente al hijo salir de sí mismo para afrontar la realidad y le ayuda a introducirse en el camino hacia su destino. Por tanto, el padre no da lugar al hijo sólo en cuanto origen, sino que lo sostiene continuamente durante el camino de la vida para conducirlo hasta su cumplimiento final.

“¡Padre, sé mi camino, sé la fuente!” (EP 151)

3.3. Tríptico Romano¹⁵

En el año 1979, ya como Papa, publica su último drama *Esplendor de paternidad*, pero no deja de escribir poesía. Casi al final de su vida, en 2003, escribe *Tríptico Romano*, donde deja plasmada su enseñanza y su propia vida.

El libro del Génesis, dice Juan Pablo II, esperaba ser traducido en imágenes por un gran pintor; y las meditaciones sobre el libro del Génesis del Papa son precisamente una visión poética inspirada por la visión pictórica expresada por Miguel Ángel en la Capilla Sixtina¹⁶.

En Eva, Adán ha recibido un don capaz de despertar su asombro y gratitud. Su persona es un don para él. De hecho, reconocer que el amado mismo es un don pertenece a la esencia de todo amor verdadero. El asombro está ligado al don, y dar un don es siempre, de una forma u otra, darse a sí mismo.

Para aceptar la misma existencia de Eva como un don, Adán tiene que reconocer la relación de Eva con Dios. Es el Creador el que confía a Adán el don de Eva. La soledad originaria de Adán y Eva como hombre y mujer les orienta hacia la fuente originaria del don: el Creador que llamó a los dos a la existencia¹⁷.

Nuestra primera tarea en esta vida no es el deber de hacer algo, sino la aceptación del don originario de nuestra propia persona y vida. Es lo propio de la filiación.

La especial dignidad del hombre no deriva simplemente de su inteligencia y su capacidad de autonomía, sino de su relación filial con el Padre que le ha traído a la existencia y le llama a una vida de amistad y comunión. Es esta relación con Dios la que hace a Adán muy superior al resto de las criaturas; y de aquí deriva su dominio sobre el mundo, como un modo de hacer presente en él al Creador. Adán y Eva transmiten a sus hijos la imagen de Dios (Gn 5,3). Con esto se dice que la paternidad humana es un reflejo de la misma paternidad divina¹⁸.

“Dios creó al hombre a su imagen y semejanza,

Los creó varón y mujer-

Y vio Dios que era muy bueno” (TR 31)

Se puede contemplar la imagen de Dios en el hombre sólo si atendemos a su vida entera, tal y como se desarrolla en el tiempo. Es una imagen diríamos, dinámica, en movimiento. Una imagen que se plasma a lo largo de un camino, de una respuesta vital a la llamada primera de Dios.

El primer paso de este viaje, como ya hemos vislumbrado, es la experiencia de saberse hijo de Dios, que cada uno aprende a través de sus padres. Pero la filiación no refleja la totalidad de la imagen. No es suficiente haber nacido y reconocer que nuestro origen está en Dios, que somos sus hijos y por eso hechos a su imagen. También tenemos que responder a su amor, aceptar libremente el don divino de la existencia y hacerlo fructificar en nuestra vida.

Por eso, al recibirse el uno al otro como don de Dios, y al darse mutuamente a su vez, Adán y Eva dan testimonio de que son hijos

de Dios y caminan juntos de vuelta al Padre, de quien vienen. El hombre y la mujer se asemejan a Dios en la medida en que se aman mutuamente¹⁹.

Puesto que los esposos se aman en una dimensión que les supera a ambos, la dimensión del abrazo del Padre, pueden dar un fruto muy por encima de sus expectativas y posibilidades. El signo visible en esta fecundidad es el hijo.

Así pues, el hombre es imagen de Dios a través de su historia, haciendo así presente su origen invisible y su invisible destino. Somos imagen de Dios cuando, reconociéndonos hijos, nos convertimos en esposos y padres²⁰.

En la tercera parte, *Monte en la región de Moria*, la llamada de Dios, “sal de tu tierra”, indica a Abrahán un nuevo comienzo. Y no sólo a él: cuando el patriarca confía en la voz divina, es toda la raza humana la que responde de nuevo a la llamada del amor. Así, en Abrahán, el hombre empieza su regreso a la obediencia filial, reconociendo de nuevo el amor originario de donde brota su existencia. En respuesta a la obediencia de Abrahán, Dios le promete una paternidad nueva:

“Hijo -esto significa: la paternidad y la maternidad.

Serás padre, Abrahán, serás padre de multitud de pueblos” (TR 48)

Aunque parecía imposible a Abrahán convertirse en padre, el patriarca creyó que Dios, el Creador de toda vida, podría llevar a cabo este milagro: darle una descendencia en su ancianidad. Abrahán puede ser padre porque es hombre de fe, fiel al Dios de la Alianza. Ahora bien:

“Hay un límite de la paternidad, un umbral que tú no pasarás. Otro Padre recibirá aquí el sacrificio de su Hijo” (TR 52)

Hay un límite en la paternidad de Abrahán, que le impide llevar a plenitud la alianza de paternidad que Dios le ha ofrecido al hombre. Será Cristo el que lleve a plenitud esta alianza²¹.

No obstante, la vida de Abrahán deja patente

que, para poder convertirse en padre, uno tiene primero que aprender a ser hijo. Es decir, sólo si se pone la confianza y la fuerza en Dios Padre, confiando en Él como lo hace un buen hijo, puede uno hacer visible en el mundo la Paternidad de Dios²².

A la luz de estas consideraciones, podemos afirmar que la familia, “taller” donde todo hombre aprende a ser hijo, esposo, y padre, es el hábitat natural donde se desarrolla la imagen divina, impresa en el hombre.

4. Conclusión

Como conclusión del recorrido expuesto, podemos afirmar que la crisis de la paternidad que vivimos en la actualidad es, en el fondo, una crisis de esperanza. Principalmente en Europa, hay una extraña falta de deseo de futuro. Los hijos, que son el futuro, son vistos como una amenaza para el presente; se piensa que nos quitan algo de nuestra vida. No se les experimenta como una esperanza, sino como un límite para el presente. El mismo hecho tanto de la falta de voluntad cuanto de la incapacidad para afrontarlo, indica la enorme debilidad espiritual y moral en que estamos inmersos, que la familia y la Iglesia están llamadas a superar.

Wojtyła fue consciente de la gravedad de la situación, e inspirado en las necesidades y dificultades de carácter moral y social, que detectó entre los matrimonios y familias con las que convivió diariamente, escribió tanto reflexiones pastorales como obras dramáticas y poéticas, sobre amor conyugal, sexualidad y familia, donde la paternidad ocupó una parte importante.

Para Wojtyła el amor conyugal no se puede comprender como un invento o una construcción meramente humanos, sino como la realidad dotada de coherencia natural y sobrenatural, creada por Dios para realizar en la humanidad su designio de amor, en el cual los cónyuges han de ocupar un lugar privilegiado para la realización de dicho amor²³.

Es en el seno de la familia donde sus miembros descubren un Amor más grande que cimienta y trasciende el amor humano. Únicamente en la escuela del amor que es la familia, se puede aprender a amar y a construir una comunión de personas.

La experiencia de la comunión, como toda verdad cristiana, se transmite a través del testimonio²⁴. La

tarea de la familia como comunión de personas es la de ofrecer un testimonio particularmente elocuente y responsable.

El testimonio de los padres ante sus hijos es principalmente el de un amor que los une en una comunión conyugal que abraza toda la existencia en el mutuo don de sí. De este modo, los hijos podrán percibir en sus padres el misterio de la Paternidad de Dios.

Los padres cristianos encuentran el camino para profundizar en su paternidad viviendo una auténtica filiación respecto a la Iglesia y, por tanto, respecto al Padre: las dos cosas son

inseparables. Sin la Iglesia, sería imposible para los hombres acceder a la Paternidad divina.

Las reflexiones que Karol Wojtyła realiza en sus obras dramáticas y poéticas, son un precioso legado para los padres de familia de hoy, que les invita a reflexionar sobre su identidad y la identidad de sus familias, teniendo en cuenta las dificultades de la sociedad contemporánea, y a evidenciar la grandeza de la vocación a la paternidad, a la que toda persona es llamada. ■

NOTAS

- ¹ Cf. L. MELINA, *Por una cultura de la familia Matrimonio y familia*, Edicep, Valencia 2009, 21-22.
- ² Cf. P. FERRER, *Persona y amor, una clave de lectura de la obra de Karol Wojtyła*, Grafite, Bilbao 2005, 50.
- ³ Cf. P. FERRER, *Intuición y asombro en la obra literaria de Karol Wojtyła*, Eunsa, Pamplona 2006, 28, 31.
- ⁴ Cf. R. BUTTIGLIONE, *El pensamiento de Karol Wojtyła*, Encuentro, Madrid 1992, 276
- ⁵ Cf. A. SCOLA, *Hombre-mujer el misterio nupcial*, Encuentro, Madrid 2001, 321.
- ⁶ Cf. C.A. ANDERSON-J. GRANADOS, *Llamados al amor, Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Monte Carmelo, Burgos 2011, 17-18.
- ⁷ K. WOJTYLA, *El taller del orfebre*, Bac, Madrid 2005.
- ⁸ Cf. *Ibid*, 185.
- ⁹ Cf. J.-J. PÉREZ-SOBA, "Introducción", en: K. WOJTYLA *El don del amor*, Palabra, Madrid 2009, 23.
- ¹⁰ K. WOJTYLA, *Hermano de nuestro Dios-Esplendor de paternidad*, Bac, Madrid 1990.
- ¹¹ Cf. FERRER, *Persona y amor*, 80.
- ¹² Cf. SCOLA, 324.
- ¹³ Cf. *Ibid*, 204.
- ¹⁴ Cf. K. WOJTYLA, *Poesías*, Bac, Madrid 1982, 96.
- ¹⁵ K. WOJTYLA, *Tríptico Romano*, Universidad Católica San Antonio, Murcia 2003.
- ¹⁶ Cf. FERRER, *Intuición y asombro*, 196.
- ¹⁷ Cf. ANDERSON- GRANADOS, 47-49.
- ¹⁸ Cf. *Ibid*, 61-63.
- ¹⁹ Cf. *Ibid*, 65-67.
- ²⁰ Cf. *Ibid*, 68-69.
- ²¹ Cf. *Ibid*, 102.
- ²² Cf. *Ibid*, 103.
- ²³ Cf. R. HURTADO, *La paternidad en el pensamiento de Karol Wojtyła*, Eunsa, Pamplona 2011, 76-77.
- ²⁴ Cf. J.-P. JOSSUA, "Le témoignage et la communication de la foi dans l'Église" *Lumen Vitae* 43 (1988) 247-254.

AUTOR

Jorge Gerardo Morales Arráez

Ingeniero de Minas. Bachiller en Teología. Diácono.